

RESURRECCION

DE JESUCRISTO.

QUE Jesucristo murió realmente en la cruz, como lo referen nuestros escritores sagrados, es un hecho histórico, que desde el origen del cristianismo jamas negaron los Judíos y los Paganos sus mas implacables enemigos: mas el prodigio de la resurreccion de Jesucristo es tan asombroso y decisivo, que nada ha olvidado la malicia para impugnar su realidad y oscurecer su esplendor. Nunca sin embargo se ha oido que el Sanedrin, los Rabinos, ni los sofistas, griegos ó romanos, hayan imaginado decir que Jesucristo no habio muerto, y que por consiguiente fué fácil hacerle pasar por resucitado: y segun todo lo que nos ha quedado de las antiguas disputas entre los apologistas de la religion y sus adversarios, no se ve que recayera ninguna vez la controversia sobre la realidad

de la muerte de Jesus que unos y otros tenían por indudable. Con arreglo pues á la creencia mas antigua y constante de los cristianos, de los Judíos y de los Paganos, no puede hoy admitirse la menor duda sobre este punto; y en efecto, si se considera que Jesus, despues de una flagelacion atroz, permaneci6 tres horas clavado en la cruz, bañado en su sangre y sufriendo horribles tormentos; que su costado fué abierto con una lanza; que se reconoció si habia muerto antes de bajarle de la cruz, que fué depositado en el sepulcro, y envuelto entre sábanas con una porcion grande de aromas, que por si solos hubieran podido sofocarle, si aun hubiese estado vivo, cualquiera se persuadirá sin dificultad de la certeza de su muerte.

Así es que nunca se han dicho mas de dos cosas: una, que resucitó, y otra, que si su cuerpo no se halló despues en el sepulcro, fué porque le robaron sus discípulos. Oigamos lo que sobre esto dicen los incrédulos: „Los discípulos „de Jesus, dicen, forman el proyecto de robar „el cuerpo de su Maestro; y ya fuese por medio „del soborno, del fraude, ó de la violencia, „triunfan de la vigilancia de los centinelas colocados al rededor del sepulcro: extienden luego la voz de que ha resucitado, y esta fábula

„forjada por la impostura se propaga como una
 „realidad entre un pueblo naturalmente crédu-
 „lo. Sin embargo, la relacion misma de los
 „evangelistas, considerada atentamente, os pre-
 „senta pormenores y circunstancias contradic-
 „torias, que no pueden ménos de hacerla sos-
 „pechosa: por otra parte, si Jesus resucitó, ¿no
 „hubiera debido en lugar de aparecerse única-
 „mente á sus discípulos, presentarse á la Sina-
 „goga, á toda la ciudad de Jerusalem, y á sus
 „enemigos todos para confundirlos, y borrar
 „con la gloria de su resurreccion la oscuridad
 „de su vida y los oprobios de su muerte? Tal
 es el language de la incredulidad; le manifiesto
 francamente, porque la religion es demasiado
 fuerte para temer ni ocultar los ataques de sus
 enemigos.

Si ois ahora al cristiano, os dirá que el hecho
 de la resurreccion de Jesus está apoyado en tes-
 timonios irrecusables; que la suposicion del ro-
 bo de su cuerpo es enteramente quimérica; que
 la contrariedad aparente de los Evangelistas so-
 bre algunos pormenores, léjos de debilitar, for-
 tifica el crédito debido á su relacion; que Jesus
 dió pruebas suficientes de su resurreccion, y
 muy convincentes para todo hombre sensato;
 pruebas que conservan, con respecto á nosotros,

toda su fuerza primitiva, y que así este milagro
 es el triunfo de la religion de Jesucristo, su Di-
 vino Fundador. El presente discurso va á con-
 sagrarse á afianzar y vindicar esta creencia de
 los cristianos, y al efecto establecerémos la rea-
 lidad de la resurreccion de Jesucristo, probán-
 dola por testimonios, como se prueban todos
 los hechos, y despues deducirémos y aclararé-
 mos las consecuencias que se derivan de ella á
 favor de la religion: por lo tanto el objeto y plan
 de esta conferencia serán las muchas pruebas y
 consecuencias del hecho de la resurreccion de
 Jesucristo.

Los cristianos, siempre sensatos en su fe,
 creen la resurreccion de Jesucristo con funda-
 mentos sólidos, capaces de producir en cual-
 quier alma juiciosa la mayor ilustracion y el co-
 nocimiento mas profundo. Yo con efecto la
 creo por el testimonio de testigos irrecusables
 bien instruidos del hecho, y sinceros en su rela-
 cion: la creo por la autoridad de los que al prin-
 cipio la creyeron del modo mas firme, y des-
 pues de la mayor meditacion. La creo á cau-
 sa de la absurda suposicion que es forzoso ha-
 cer para no creerla; y en fin, la creo por la fu-
 tilidad de las razones con que se la impugna. Si
 cada uno de estos motivos de credibilidad hace

gran fuerza, ¿cuánta no será la autoridad de todos ellos reunidos?

He dicho que creo la resurreccion de Jesus por la declaracion de testigos irrecusables, tambien informados como sinceros: ¡y no es evidente en efecto que los discípulos de Jesus no pudieron engañarse acerca de la certeza ó de la falsedad del hecho de la resurreccion, y que debieron saber perfectamente lo que sucedió? Observad que al principio fueron escrupulosos en creerla, y que esta misma desconfianza sirvió para preservarlos de cualquier sorpresa. Cuando las santas mugeres que habian ido al sepulcro anuncian que ellas habian visto vivo al Señor, las tratan de visionarias: cuando se aparece á los apóstoles reunidos, creen ver un fantasma; uno que estaba ausente no quiere creer á los demas, y protesta que no creerá mientras no ponga sus propias manos en las llagas del cuerpo de Jesus. ¡Dichosa incredulidad, y muy á propósito para vencer la nuestra, porque nos asegura la severidad del exámen de los discípulos, y nos enseña que no fueron juguete de una credulidad precipitada! Observad tambien que tuvieron todo el tiempo necesario y todos los medios de convencerse bien del hecho. Jesus se aparece, no á una sola persona, cuyo

testimonio siendo único, pudiera pasar por una ilusion; sino á muchos, á una multitud á un tiempo: á la Magdalena, á otras mugeres, á S. Pedro, á Santiago, á dos discípulos, á los once apóstoles, y en fin á quinientas personas reunidas: se aparece, no durante las tinieblas de la noche, en que la imaginacion ofuscada suele personificar las fantasmas, sino de dia claro, en los sitios mas despejados, en diferentes lugares, en el huerto donde estaba el sepulcro, en el camino de Emaus, en el Cenáculo, á las orillas del lago de Genezareth, y sobre una montaña de Galilea. Se aparece, no de un modo rápido y fugaz que no deja vestigio alguno, sino por espacio de cuarenta dias, durante los cuales habla con sus discípulos, se deja tocar por ellos, y come en su compañía. ¡Y qué! los apóstoles que habian vivido familiarmente con Jesus por espacio de tres años enteros, que conocian perfectamente su rostro, su voz, su ademan, sus modales, sus discursos, y cuanto tenia relacion con su persona; ¿habian de haber sido todos tan estúpidos que confundieran constantemente á Jesus, á quien solo habian perdido de vista algunos dias, con no sé qué otra cosa que no fuese él? ¿Habia de figurárseles ver lo que no veian, oír lo que no oian, tocar lo que no tocaban? En una

palabra, ¿habian de estar todos y de repente, sin haber dado jamas señales de locura, agitados de un mismo delirio, y de un delirio tan semejante y tan durable, que trastornados sus cerebros por espacio de cuarenta dias experimentasen siempre las mismas sensaciones, y siempre se les representase el mismo fantasma? Estas son las consecuencias que deben conceder los que pretenden que los apóstoles fueron juguete de su imaginacion acalorada, tomando un ente ideal por la persona de Jesucristo.

Convenimos, se dirá, en que no ignoraban lo que habia de cierto acerca de la resurreccion; como que fueron ellos los que la inventaron con todas sus circunstancias, y los que por medio de esta impostura han engañado al mundo; pero es constante que en nada puede apoyarse semejante suposicion; y para tener á los apóstoles por otros tantos impostores que hayan inventado, extendido y sostenido hasta con la muerte la fábula de la resurreccion, es preciso resolverse á tragar las cosas mas ridículas, mas repugnantes y contradictorias. No eran ciertamente los apóstoles filósofos formados en las escuelas de Atenas ó de Roma, ni hombres de una alma naturalmente elevada y capaz de grandes designios; eran por el contrario hom-

bres ignorantes, tímidos y groseros. Sin embargo, para este intento el incrédulo los hace los personajes mas extraordinarios y atrevidos, pues les atribuye el proyecto mas vasto y mas profundo que haya concebido jamas el ingenio humano; el de hacer adorar por toda la tierra como á un Dios á un impostor crucificado en la Judea, y ¡cosa increíble! aun así lo hubieran conseguido. Tampoco eran los apóstoles malvados ni impíos; y aun suponiéndolos tan simples que se hubiesen dejado engañar, la sabiduría de su moral, sus virtudes y su conducta irrepreensible, no permitirian que se los pintase como unos monstruos de impiedad y de alevosia: esto sin embargo serian verdaderamente segun el sistema de los incrédulos. Y en efecto, ¿podia concebirse proyecto mas horrible que el de engañar á todo el género humano, y suponer resucitado por el poder divino á un hombre que se sabia ciertamente que habia muerto, y emprenderlo todo para que se tributasen honores divinos á quien solo hubiera merecido el desprecio y el odio? En fin los apóstoles no eran unos frenéticos, ni unos insensatos que, sin utilidad ninguna y contra sus intereses, formasen una trama por otra parte tan execrable. El hombre no es malvado ni hipócrita sin algun fin;

tales sin embargo deberíamos suponer á los apóstoles si escuchásemos á los incrédulos: porque al cabo, ¿qué interés podían tener los apóstoles en asegurar falsamente que Jesucristo habia resucitado? ¿Qué utilidad podia reportarles su impostura? ¿Qué podían prometerse de ella? En la vida presente el furor de los judíos, las prisiones, el oprobio, los tormentos y la muerte; y en la vida futura los castigos que un Dios vengador del crimen reserva á los seductores impios. Aun hay mas: si Jesus no resucitó como él mismo lo habia anunciado, su impostura quedaba comprobada, y los apóstoles no hubieran debido ver en él mas que un embustero que los habia engañado: y es creible que se mostrasen tan celosos de la gloria del que reconocian por un impostor? Esto no está en la naturaleza del hombre.

Si se supone que los apóstoles urdieron juntos esta trama, me figuro que para ponerse de acuerdo se reunirían todos, y tomando la palabra el mas audaz, diria á sus compañeros: „Amigos míos, ahora ya no nos queda duda de que Jesus nos ha engañado: habia prometido resucitar, y allá se está entre los muertos. „A nuestro interés personal convendría publicar su impostura; pero nada de eso; y al cori-

trario, sacrificuémoslo todo por su gloria: conciencia, honor, tranquilidad y hasta la vida misma. Bien cierto es que nosotros hemos extraído su cuerpo del sepulcro; pero nada importa. A pesar de la verdad publicaremos que salió vivo de él, y le adoraremos como á un Dios. No hay duda que se irritará contra nosotros la sinagoga y toda la nacion judía: ¿qué importa tampoco? Arrostraremos todos los peligros imaginables por sostener tan vil mentira. Si hay un Dios de justicia y de verdad, castigará con penas terribles nuestra horrible impostura despues de la muerte; pero ¿qué importa? arrostrems el enojo del cielo y el de la tierra; y sin utilidad alguna en esta vida ni en la otra, y contra todos nuestros intereses, apresurémonos á publicar por todas partes la resurreccion falsa de Jesus; y si es menester dejémonos degollar por una fábula inventada por nosotros.”

He aquí el proyecto mas que infernal que seria necesario atribuir á los discípulos de Jesus. Ademas de esto, seria necesario suponer, que despues de haberse puesto de acuerdo, no hubiera habido uno solo, que angustiado por sus remordimientos, abjurase su detestable compromiso; ni uno solo que descubriese el secreto por

el aliciente de la recompensa; ninguno que por imprudencia ó ligereza le dejase transpirar, ó á quien se le arrancase el temor del suplicio: todos debian llevar consigo al sepulcro la horrible gloria de morir en fe de un hecho que les constaba ser falso, perdiéndolo todo si todo acaba con la muerte, ó hallando despues de ella tormentos si existe un Dios vengador. Ved aquí prodigios mas increíbles que el de la resurreccion. Queda pues manifestado que en los discipulos de Jesus, que se presentaron como testigos oculares de su resurreccion, no puede caber sospecha de ilusion ni de impostura; y por consiguiente, que su testimonio es irrecusable.

He dicho en segundo lugar, que creo la resurreccion por la autoridad de los que no pudieron dejar de darle crédito desde el origen del cristianismo. Empiezan los apóstoles á predicar en medio de Jerusalem y demas pueblos de la Judea, la resurreccion de Jesucristo, y éste es el milagro que ponen por base de la religion, y el que presentan como el título mas convincente de la mision divina de Jesucristo. San Pedro le anuncia en el templo al pueblo judío: „Habeis dado muerte, dice (1), al autor de la

(1) Act. III, 15.

„vida; pero Dios le ha resucitado, y así lo certificamos nosotros.” Pablo va poco despues á publicarle en medio de Atenas, y hasta delante del Areópago (1), y este grande apóstol escribiendo á los Corintios les dice, que si Jesucristo no ha resucitado, su fe es enteramente vana, porque en nada estriba; „y nosotros, añade, no somos mas que falsos testigos (2).” este es el milagro por excelencia, cuyo esplendor resalta sobre todos los demas, y es el centro en donde terminan todas las partes del cristianismo. El fiel puede impunemente, y sin que su fe padezca, ignorar muchos milagros consignados en nuestros libros santos; pero no le es licito ignorar el prodigio de Jesus libre hasta entre los brazos de la muerte, y su salida triunfante de la lobreguez del sepulcro: quien crea este milagro debe ser cristiano; y no puede serlo el que no le crea. Con efecto, si Jerusalem, Corinto, Atenas, Efeso, Antioquia, Alejandria y Roma ven desde el principio en su seno adoradores de Cristo, es porque los apóstoles habian ya predicado allí su resurreccion gloriosa; ¿y quién soy yo para contradecir despues de diez y ocho siglos un he-

(1) Act. XVII, 31,

(2) L. Cor. XV. 15, 17.

cho que los paganos y los judíos de aquellas famosas ciudades creyeron de un modo tan íntimo y profundo, que no dudaron en adoptarle por regla de su fe y de su conducta, estando prontos á morir ántes que negarle aun en apariencia?

La tenaz resistencia con que muchos han desechado este milagro, se explica fácilmente por el imperio de las pasiones, siempre rebeldes al yugo de una religion que las importuna; pero el que otros muchos le hayan reconocido y profesado, aun con riesgo de su vida, es lo que no se puede atribuir sino á la persuasion mas íntima, fruto del exámen mas detenido. Su creencia me haria ciertamente ménos impresion si pudiera sospecharla en algun modo interesado; pero ¿qué interes podian hallar en ella los judíos y los paganos? Todo debia al contrario alejarlos de una creencia, que léjos de ser una de aquellas novedades que se atraen partidarios excitando y halagando en el corazon del hombre sus inclinaciones mas queridas, la ambicion, el orgullo y el deleite, exige por el contrario para ser cristiano el sacrificio de las pasiones. El judío carnal y grosero que esperaba un Mesías poderoso y magnífico, tenia que adorar á aquel mismo que los sacerdotes y doctores de la ley habian hecho

morir como á un impío, enemigo de Dios y del culto de Moises; y los paganos, voluptuosos y entregados á la sensualidad, debian profesar una religion de cruz y de padecimientos. ¡Oh! ¿cuán poderosos motivos necesitaban los unos y los otros para sobreponerse al imperio de los sentidos y de las preocupaciones! Y siendo el milagro de la resurreccion el fundamento de todos estos motivos, ¿con cuán severa y escrupulosa atencion no debian haberle examinado! ¿Y no será por esto mismo de una autoridad inmensa su creencia íntima y profunda sobre este hecho, atestiguado aun á costa de su propia vida?

En tercer lugar he dicho, que creo la resurreccion de Jesucristo por lo absurdo de la suposicion que es necesario hacer para no creerla. En esto no hay medio: ó Jesus resucitó, ó es preciso suponer que sus discípulos robaron su cuerpo. Creo que no se me disputará el derecho de hacerlos observar que es contra todas las reglas del sentido comun y de la sana crítica impugnar hechos bien probados alegando rumores vagos, suposiciones y conjeturas gratuitas. Los apóstoles sabian muy bien el rumor esparcido acerca del robo del cadáver: ellos mismos le refieren como una fábula inventada por los judíos; y no por eso desisten de prestar á Jesucristo re-

sucitado un testimonio sellado hasta con su sangre. Fijemos el punto de la cuestion: ¿se puede acusar á los apóstoles de ilusion ó de imposura? ¿Fueron engañados ellos, ó nos engañan á nosotros? Mientras no se destruyan las pruebas alegadas á favor de la sinceridad de su testimonio, conserva este todo su valor. Y qué, ¿he de presentar yo testigos de un hecho, probando que su testimonio es irrecusable, y os habeis de contentar vosotros con negarle simplemente y sin pruebas? No basta decir que era posible el robo del cuerpo de Jesus; se necesita probar que fué robado realmente; y así, ó reconoced el hecho bien probado de la resurreccion, ó probad vosotros con fundamentos positivos el hecho del robo. Con los monumentos de la historia en la mano me probais que estando César en el senado fué muerto trágicamente; ¿y podria yo creerme dispensado de dar crédito á este hecho alegando la mera posibilidad de lo contrario? Ciertamente si valiera semejante modo de raciocinar, pronto quedaria destruida toda la historia; pero discutamos un instante la suposicion del robo, y digamos al efecto á los incrédulos: Sabeis y concedeis que una guardia de soldados romanos custodiaba el sepulcro. Ahora bien, ¿quereis que corrompidos estos con di-

nero fuesen cómplices del robo? ¿Quereis que violentamente y con las armas en la mano triunfaran de ellos los discípulos de Jesus, ó que estondo dormidos los soldados sacaran aquellos del sepulcro furtivamente el cuerpo de su Maestro? Harto triste es tener que optar entre estas tres suposiciones, pues ninguna de ellas puede sostenerse.

Si los guardas fueron corrompidos por el oro, es preciso suponer que los apóstoles se presentaron á ellos como hombres impudentes y sin conciencia, que iban á ajustar un crimen, por el que no temian hacer ofertas que, si no eran admitidas, podian arrojarlos en un abismo de desgracias. ¿Y no habria entre los soldados alguno inaccesible á la corrupcion, ni uno solo que por la esperanza de la recompensa denunciase á los apóstoles mas bien que se asociase á una empresa criminal, cuyo resultado podia ser tan funesto para sus autores? ¿Y el consejo de los judios habia de guardar silencio y dejar de practicar informaciones contra los guardas y contra los apóstoles para descubrir toda la trama y precaver efectos que estaba decidido á impedir? Los judios habian tomado toda clase de precauciones contra el fraude; habian pedido al gobernador una guardia, habian puesto en el se-

pulcro los sellos de la autoridad pública: ¿y mostrándose tan interesados en impedir la creencia del hecho de la resurreccion, se quiere que no practicasen diligencia ninguna contra los guardas y los discípulos para poner de manifiesto su complicidad? Esta primera suposicion es tan repugnante, que jamas se han atrevido á hacerla los judíos.

¿Podrá acaso decirse con mejor éxito que los discípulos se sirvieron de la fuerza para ahuyentar los guardas y robar el cuerpo? ¿Pero qué unos hombres tan tímidos, tan cobardes, que los dispersa el miedo y niega Pedro tres veces á su Maestro á la voz de una criada, tan aturdidos con la muerte de Jesucristo que no saben que pensar de él y de sus promesas, y ni aun pueden ocultar en este punto sus temores y sus incertidumbres, ¿habian de trasformarse de repente en hombres intrépidos, arrostrar los peligros durante las tinieblas de la noche, embestir y dispersar á los soldados romanos? ¿Hay en esto verosimilitud? Aun mas: si los soldados hubiesen sufrido semejante violencia, ¿hubieran dejado de denunciár para su propia justificacion este atentado de los apóstoles? ¿Y no hubieran sido estos perseguidos entónces jurídicamente como profanadores de los sepulcros y violado-

res atrevidos de los sellos de la autoridad pública, puestos sobre el sepulcro de Cristo? Sin embargo no hay la menor señal de semejante acusacion.

La tercera y última suposicion, hecha en aquel tiempo por los judíos, se reduce á decir, que habiéndose dormido los guardas, fué sacado furtivamente durante su sueño. Este cuento judaico es muy digno de repetirse en el dia por hombres que todo lo creen, ménos lo que deben creer. Para admitir esta suposicion es necesario decir que se habian confabulado los guardas para dormirse todos á un tiempo, y que ni uno solo despertó á pesar del ruido de una multitud de personas que llegan al sepulcro, remueven la enorme piedra que le cubria, entran en él, sacan el cuerpo y se le llevan. Hay otra circunstancia muy notable tambien; en vez de llevarse el cuerpo envuelto como estaba (operacion mas fácil y mas breve), hacen aquellos extraños ladrones todo lo contrario: separan la sábana en que el cuerpo estaba envuelto, y la dejan en el sepulcro, y aun colocan á un lado el sudario que cubria su cabeza, particularidades todas que refieren puntualmente nuestros evangelistas. Si se quiere decir que los apóstoles se introdujeron secretamente hasta el sepulcro por al-

gun camino subterráneo, responderemos de un modo incontestable, que semejante fraude hubiera dejado señales patentes; porque estando el sepulcro labrado en la piedra, hubiera sido preciso hacer una entrada que hubiese descubierto la trama y robo sacrilego. Bien lo veis, señores, la suposición del robo del cuerpo de Jesus, ademas de ser enteramente arbitraria, no está apoyada en prueba alguna positiva, y carece hasta del mérito de una simple probabilidad: es una armazon de piezas desproporcionadas que se vienen á tierra por todos lados, y aquí puede decirse con el poeta romano: „Créalo un judío; yo no lo creeré.”

He dicho últimamente que creo la resurrección, por la futilidad misma de los argumentos con que se la impugna. Nada hace resaltar tanto la fuerza y el esplendor de la verdad, como la nulidad de los esfuerzos que se emplean en rebatirla; entónces es cuando sobresalen mas su superioridad y su triunfo. ¿Y qué han discurrido los incrédulos contra las pruebas históricas del hecho de la resurrección? Dicen primeramente, que los evangelistas, inciertos y vacilantes en sus narraciones, refieren cosas contradictorias; que no están conformes entre sí acerca de las apariciones de los ángeles, ni en las de

Jesucristo, en los viajes hechos al sepulcro, ni en las horas á que se hicieron: que uno supone se apareció solo un ángel, y otros que muchos; que lo que segun aquel pasa ántes de la aurora, sucede segun este despues de la salida del sol. ¿Y cómo puede apurarse la verdad en esta contrariedad de narraciones? Pero dígame todo hombre de buena fe: ¿Hay entre los hechos mas auténticos de la antigüedad uno solo que no ofrezca en sus pormenores y circunstancias accesorias, oscuridades que atormenten á los críticos? ¿Será lícito rebatir el testimonio de cuatro evangelistas por algunas particularidades de sus relaciones, muy claras acaso para los contemporáneos, por mas que sean embarazosas para nosotros que estamos separados del hecho por un intervalo de diez y ocho siglos? Es ademas muy fácil concebir los motivos de las contrariedades aparentes que ofrecen las relaciones de los evangelistas. He aquí lo que entónces sucedió. Diferentes mugeres y discípulos salen á distintas horas para ir al sepulcro, hacen diferentes viajes por distintos caminos, á veces se les aparece un ángel, á veces dos: de todas estas particularidades igualmente indudables, la que se refiere por un evangelista se pasa en silencio por otro, y de esto resultan diversidades,

pero ninguna contradiccion real. ¿Y quién no ve que estas suposiciones aparentes hacen resaltar mucho mas la sinceridad de los apóstoles? Si ellos hubieran maquinado una impostura, poca dificultad les costaba concertar juntos una narracion que no ofreciese diferencia en ninguna de sus circunstancias; pero no, solo la verdad guia la pluma de los escritores sagrados, y cada uno cuenta con sencillez lo que cree que debe referir, persuadido de que su relacion es conforme con la que pueda hacer cualquiera otro. Así sus narraciones son bastante semejantes para quedar al abrigo de cualquier sospecha de impostura, y bastante diferentes para evitar la tacha de fraude concertado.

Llegamos ya, pues, al último recurso de los incrédulos. Si Jesucristo hubiera resucitado realmente, ¿se habria contentado con aparecerse á sus discípulos que ya creian en él; y no hubiera debido mas bien aparecerse á sus enemigos para curarlos de su incredulidad? Es cierto, señores, que si quiso Jesucristo que su mision divina resplandeciese principalmente en el milagro de su resurreccion, debió dejarnos de él pruebas suficientes para convencerse cualquier espíritu racional; pero si bastan las que nos ha dado, si lleyan consigo un sello de verdad que

no puede borrarse, si no pueden impugnarse sino con insustancialidades, ¿quiénes somos nosotros para exigir otras mas palpables aún y mas luminosas? ¿Debe acaso el cielo arreglar sus designios a nuestros débiles pensamientos? Y cuando justamente debemos contentarnos con las luces que nos da, ¿estarémos autorizados para murmurar por la falta de las que ha juzgado conveniente rehusarnos? ¿No manifestó Jesucristo su resurreccion á testigos irrecusables? ¿No vemos el testimonio de estos, y no se presenta aun á nosotros tal cual debe ser para llevarse tras sí nuestro consentimiento? Pues esto es todo cuanto se necesita para que seamos discretos en nuestra creencia, é inexcusables en nuestra infidelidad. „Y á quién se quiere que „estuviera Jesucristo obligado á manifestarse „con evidencia? ¿A quién? ¿A aquel gobernador „cobarde que le habia condenado contra su „misma conciencia? ¿A aquel ligero y voluptuoso Heródes, que tan indignamente se habia „burlado de él? ¿A aquellos sacerdotes, doctores y fariseos, que no cesaron de perseguirle „hasta que con sus intrigas y calumnias le hicieron conducir al calvario? ¿A aquellos judíos furiosos, que estando colmados de beneficios suyos habian pedido á gritos su muerte, y que ca-

„yera su sangre sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Por
 „qué título eran acreedores todos estos malva-
 „dos al favor de la aparicion de Jesucristo? Pre-
 „tender que Dios deba derramar sus gracias con
 „mayor profusion sobre los mas indignos, y mul-
 „tiplicar las pruebas de su fe á proporcion de la
 „resistencia que se haga para admitirla, es in-
 „justo y fuera de razon (1).” Manifiéstase Jesu-
 cristo á sus discípulos, y en seguida les manda
 anunciar su resurreccion; de este modo se ma-
 nifestó por medio de ellos á toda la tierra, y por
 el testimonio de estos siempre el mismo en la
 sucesion de los siglos se manifiesta aun á noso-
 tros. Quisiérais que en cierto modo hubiera he-
 cho enmudecer á sus enemigos con el resplan-
 dor irresistible de su presencia gloriosa; pero
 esto es precisamente lo que no queria. Si quiere
 que la fe tenga fundamentos para ser racional,
 quiere tambien que sea libre para que sea me-
 ritoria; exhibe á todos pruebas suficientes; pero
 aquel que en esto recibe ménos no tiene dere-
 cho para quejarse y darse por agraviado porque
 otro haya recibido mas. Preguntais por qué no
 se apareció Jesus á toda la ciudad de Jerusa-

(1) *La Luzerne*, Dissert. sur la religion. II.ª Dissert.
 cap. II, n. 74.

len, á la sinagoga y á todos sus enemigos, ¿y
 por qué, os preguntaré yo, no se apareció en
 Roma, en Corinto, en Efeso, y en todos los pun-
 tos donde su resurreccion fué predicada y de-
 signada por base de su religion? Las preguntas
 de esta clase no tendrian término.

¿Pero no se pudiera decir con el ginebrino
 Juan Santiago? „No tengo noticia de ese mila-
 „gro, ni de los demas, sino por hombres. ¿Quién
 „ha visto tal milagro? Hombres. ¿Quién me
 „le refiere? Hombres. ¿Siempre hombres en-
 „tre Dios y yo! ¿No era mas sencillo que me
 „hablase el mismo Dios?” ¡Bien propio es de
 un sofista orgulloso ese tono irreverente para
 con Dios que le dió el ser que tiene y el talen-
 to de que abusa para blasfemar de él!

¿Por dónde tenia noticia Juan Santiago de
 la existencia de César, de sus conquistas y de
 su fin trágico, sino por el testimonio de las ge-
 neraciones que se han ido sucediendo durante
 diez y ocho siglos? No son ciertamente pocos
 los hombres que han mediado entre aquellos
 sucesos y Juan Santiago; ¿y se creeria por eso
 dispensado de creerlos? ¿No se le tendria por
 un insensato si no los creyera? Pero él hubie-
 ra querido que Dios le hablase; ¿y por qué á él
 y no á otro? ¿Pensaba que el fuego de su ima-